

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS¹: FICCIÓN Y REPRESENTACIÓN EN LA HISTORIA CARIBEÑA

Lulú Giménez Saldívar

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS "RÓMULO GALLEGOS"

«Un moreno pelo recio
con blanca se ha de casar
para que vengan los hijos
con plumas de pavorreal»
(Del NUMERAO)

En la fundación de las naciones se ubica una constelación de elementos que posibilita la aparición del sentido de pertenencia individual o grupal al colectivo ampliado que se define como tal. La idea de Nación alude a factores de unificación, no de disgregación o diferenciación; alude a una comunidad de intereses que encuentran su expresión sustancial, práctica, en la búsqueda del consenso y de mecanismos de cohesión social. La idea de Nación en América Latina, más que en alguna otra región del mundo, está consustancialmente vinculada con la del contrato social de Rousseau, por el cual las partes ceden su individualidad (es decir, precisamente lo que les diferencia entre sí) en aras del bien común, del Estado². La máxima expresión de la constitucionalidad en América Latina podría sintetizarse en la sentencia: «Mis derechos terminan donde empiezan los derechos de los demás». Aquí, los factores de individualización quedan sumergidos en un proyecto colectivo: la Nación, que va diseñándose, a modo de síntesis, a través de las propuestas alternativas del pensamiento dominante en el siglo XIX.



- 1 Título de un poema de Constantino Kavafis, cuyo espíritu impregna la reflexión que aquí se presenta.
- 2 De acuerdo con Germán Arciniegas: "De todos los autores de la época, ninguno agitó tanto al mundo hispánico como Rousseau. España y América estaban mejor preparadas que las demás naciones, por razón de una tradición popular de siglos, para recibir la filosofía del Contrato Social". (1991:206)

Para la época sólo una ínfima porción de la sociedad, una verdadera minoría, estaba en capacidad de formular y conducir la ejecución de semejante proyecto, convocando para este propósito a la mayoría iletrada, término abstracto que va a constituir, en última instancia, el pueblo, la comunidad nacional. En este sentido no cabría conjurar el peligro que Alexis de Toqueville calificó como el de «la tiranía de la mayoría», pues en los orígenes de las modernas sociedades latinoamericanas la mayoría es «adoptada» en la formulación de los diferentes proyectos nacionales, en un intento por reunir, agrupar, diversos contingentes o conglomerados humanos dispersos, a consecuencia de las guerras civiles de independencia y de las sucesivas guerras federalistas que asolaron el siglo.

Así, en América Latina, la mayoría, esa sustancia confusa y de apariencia homogénea que constituye el cuerpo de la Nación, es una abstracción concebida por una minoría dominante, una criatura que va adquiriendo rasgos a la medida de los modernos Estados latinoamericanos. En las bases fundacionales de las naciones, entonces, se encuentran los elementos empleados en la construcción de esa mayoría: una misma lengua, una misma religión, un mismo espacio territorial, una misma raza y una misma historia.

La raza: ya Bolívar había insinuado la orientación prevaleciente en el Discurso de Angostura, cuando dijo: «No sabemos a qué familia humana pertenecemos». De acuerdo con esta tesis, lo que es la Nación no puede entenderse como un conglomerado de particularidades; la mayoría no es indígena, no es negra, no es europea «pues que hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter»³. El propósito es integracionista, incaico: la mayoría debe surgir de una fuente aglutinadora, la cual se va dibujando en el pensamiento político latinoamericano como la fuente del mestizaje. Un mestizaje, por cierto, tan europeísta que terminó siendo, gracias a la oportuna y esclarecedora intervención de los Estados Unidos y su ideal interamericano, un mestizaje «latino»⁴.

El siglo XX ve emerger a las diversas repúblicas de esta parte del continente como naciones con cierto aval, en vías de modernización, mestizas y latinas. A escasos cuatro años de su ingreso en el tercer milenio



3 Bolívar, Simón (1975:101)

4 Ver al respecto la discusión acerca del nombre de América Latina en: Ardao, Arturo *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980) y Giménez, Lulú *Caribe y América Latina* (1991)

D.C., ya no presentan la misma fisonomía: sus programas políticos, económicos y sociales las han ido llevando entre sucesivos y estruendosos fracasos, no se modernizaron nunca y ahora intentan posmodernizarse, no lucen tan mestizas porque ha sido imposible ocultar los anchurosos grupos de población indígena y afroamericana que revientan los botones por todos lados y el barniz de latinidad se desconcha cuando los auténticos latinos están enlazados a germanos, anglosajones, eslavos, en un propósito paneuropeo. Más aún, cuando esa latinidad ha sido interpelada por un vecino impertinente: el antillano que cuestiona, desde su condición insular, la vecindad de un continente que permanece con las puertas cerradas.

La historia: ¿Cómo se fábulan un continente? En esta empresa de construir naciones y nacionalidades, la historia constituye uno de los medios más efectivos de asimilación. Cada individuo cede su individualidad a la construcción de representaciones, se integra al *nosotros* que fluye y se hilvana a través de esas representaciones. La historia republicana de América Latina se ha levantado, de manera fundamental, sobre una gesta criolla -entendiendo por criolla a la élite de los blancos nacidos en territorios americanos, de acuerdo con la acepción de esta palabra en las primeras décadas del siglo XIX-, gesta heroica, vencedora, progresista y esencialmente masculina.

Pero el linaje de los héroes no es el mismo que el de los mestizos. La casta heroica irrumpió en la historia para hacer la historia, abrir caminos, crear heredades. Sus herederos, los civilizadores, confeccionaron el discurso de la paz, del orden y del progreso que nos ha acompañado hasta el presente. Mientras tanto, ¿dónde han estado los mestizos? Escondidos detrás de un doble discurso, porque los mestizos son los bárbaros, pero al mismo tiempo, son el producto de la cópula entre civilización y barbarie, una representación unificadora, pacificadora.

Por lo que tiene de civilizatorio, el mestizaje es una fórmula arrogante, que mira con desdén a la indianidad, a la negritud, a la mediocridad de las blancuras recién llegadas. Los héroes idearon para los mestizos una representación noble, un arquetipo esencial: los Bravos de Apure, forjadores de las patrias americanas, arquetipo que ha generado su propio culto y una infinita variedad de cultores, refugiados en lo que se denomina, demagógicamente, cultura popular.

Por lo que tiene de bárbaro, el mestizaje será siempre objeto de disciplina y domesticación y cargará con las culpas de las frustraciones y de

los fracasos. Lo que ha dejado la cultura oficial del mestizaje es, en última instancia, un ser humano profundamente escindido, orgulloso de su relevante participación histórica pero víctima de una modernidad sin principio ni fin. Aunque una historia escrita lo representa, ninguna nación lo cobija, ningún problema le pertenece, ninguna decisión le compete. La patria no se embelesa al contemplar cómo despliega sus plumas de pavorreal cuando canta, baila o dirige una empresa armada.

Así, el mestizaje se ha convertido en una noción artificiosa, manipuladora de las medias verdades que nos aporta la historia y altamente segregacionista. El mito es colosal: siendo herederos de la grandeza de los incas y la gloria caballerescas de los hispanos, y habiendo librado, cual titanes, las enormes batallas continentales ¿qué puede asemejarnos a los descendientes de esclavos que transitan por las sudorosas calles de Georgetown? Nosotros, los latinoamericanos, también portamos sangre africana pero, según el referido texto del Discurso de Angostura, ésta no nos ha sido inoculada sólo por la vía de la esclavitud, sino que la hemos recibido de los mismos colonizadores, con lo cual se enaltece nuestra africanía y se horada el abismo que ha hecho naufragar los intentos de reunir a América Latina y el Caribe en un sólo cuerpo continental. En el mismo sentido iban las palabras de Fidel Castro en Montego Bay (1977), cuando afirmó que «la afrolatinidad cubana está arraigada en la historia iberomorisca precolonial⁵». Nuestra historia nos pertenece y debemos asumirla, es el mensaje implícito, pues incluso aquellos seres más marginados pueden encontrar representación en los mismos europeos que condujeron las empresas de conquista y colonización del continente americano.

El trabajo de fabricar una historia que identifique, que represente, ha sido igualmente arduo para el caribeño, no incorporado al contexto de América Latina, pues ha debido comenzar por revisar la noción misma de historia, con la cual habrían llegado a la independencia política las naciones caribeñas. En palabras de René Depestre: «la primera manipulación colonialista de nuestra identidad se refiere a la noción misma de historicidad. Europa era la única en poseer una historia y, en consecuencia, una identidad⁶». Y bien ¿qué aportó Europa a la historia de los nuevos caribeños, como no sean las imágenes del horrendo *Middle Passage*? Es



5 Citado por: Nettleford, Rex (1978:150)

6 Depestre, René (1980: 34)

por ésta carencia absoluta de representación que el guyanés Ivan Van Sertima escribió su obra **They came before Columbus** (1977), en la cual sostiene, a través de un análisis comparativo de carácter etnográfico, entre documentos de culturas indígenas y africanas, que los africanos se trasladaron al continente americano siglos antes de la llegada de los europeos y dejaron su huella en objetos, rituales y concepciones cosmogónicas.

El tema de la presencia africana en la América precolombina ha sido trabajado por otros guyaneses, entre quienes destacan Von Wuthenau y Jan Carew. Este último argumenta que

“se encuentran extraordinarias similitudes entre la cultura de los indios mexicanos y la de los mandingos, las cuales son indicadores de una fusión cultural, antes que de algún tipo de coincidencias. Las semejanzas se multiplican y podemos hallar similitudes en el lenguaje de ambos pueblos, en sus mitologías, religiones y, aun más, en sus sistemas ontológicos globales”⁷

Más allá de que tales postulados pudieran ser comprobados o rechazados, el efecto que los autores han querido lograr es de contraataque a las imágenes de desarraigo implantadas en la psique caribeña, según expresó Ivan Van Sertima:

«Mi propósito es levantar la psique del negro caribeño. Ningún hombre que crea que su historia comienza con la esclavitud puede ser un hombre sano. Si tú disipas esa sombra, contribuyes a reparar el daño»⁸

Eric Williams, entre otros, también contribuye a marcar diferencias de representación histórica entre latinoamericanos y caribeños, sugiriendo que el mestizaje de los pueblos suramericanos se fundamenta sobre una base racial segregacionista, conectada con la idea misma de *latinidad*⁹, estableciendo de esta forma un referente claro de distanciamiento entre América Latina y El Caribe, que toca lo más íntimo del sustrato etnocultural caribeño.



7 Carew, Jan (1976: 71)

8 Citado en: Herdeck, Donald y otros (1979: 210)

9 Williams, Eric (1975: 16)



Por su parte, Vidia Naipul ilustra la distancia recurriendo a la figura de Francisco de Miranda. Para Naipaul, la propuesta de Colombia que Miranda traía debajo del brazo anhelaba la recomposición del esplendor perdido, la recreación del continente incaico, el más poderoso imperio que ser humano alguno pudiera haber soñado en las postrimerías del siglo XV. ¿Cómo aspirar que se ocupara de los afroamericanos, que tan siquiera los mencionara al borde de su ideología?:

“Supo explotar sus atractivos. La revolución hispanoamericana constituía parte de esos atractivos (...) ¿Había negros en la América hispánica? No, o muy pocos; los suramericanos eran españoles, o indígenas, y éstos eran descendientes de los incas, un pueblo noble a la espera de su liberación. Los negros habitaban en Trinidad y otras islas de las Indias Occidentales españolas pero, en realidad, no formaban parte de Colombia. Tanto Miranda como sus confederados de buen grado entregarían todas las islas a cambio del apoyo inglés¹⁰”

No obstante, si Colombia tiene a los incas, el Caribe se enorgullece de las riquísimas casas africanas de sus ancestros, gente muy sabia pero sin la maldad y los afanes anexionistas y de usufructo que trajeron los europeos, parecieran afirmar los autores guyaneses citados en párrafos anteriores, en su proposición. Por qué no decirlo, en esta revisión de la noción de historia emprendida por algunos caribeños, también se han tomado los atajos de la generalización, la homogeneización y el maniqueísmo con los cuales Europa nos ha enseñado a juzgar nuestra presencia en el mundo, tanto como la presencia de los otros.

Por lo demás, Ivan Van Sertima recurre a un artificio: a falta de historia propia, es preciso inventarse una, pero no una cualquiera, sino una civilizatoria, en la creencia de que una ficción repetida mil veces puede convertirse en verdad. Como en la ya citada frase de Fidel, se trata de despolarizar el conflicto, fabricado por Europa, entre civilización y barbarie: no hay barbarie, todo es civilización; más aún, de acuerdo con estas tesis, la maldad en la historia es un ingrediente específicamente europeo, que ha intervenido de modo significativo en la constitución de las mestizas naciones hispanoamericanas. Por lo tanto, las naciones caribeñas cuen-



10 Naipaul, Vidiadhar (1970: 328)

tan con una moral civilizatoria superior. En esta perspectiva, resalta el hecho de que no hay distancia con respecto al modo de concebir la historia que nos ha legado Europa, pues la civilización europea es la aguja que ensarta todos los discursos: mestizaje-diferenciación, homogeneización-diversidad, son las dicotomías que nos atañen y que constituyen los actuales conflictos de representación histórica en América Latina y el Caribe. Parafraseando a Cavafis, por este camino no llegarán los bárbaros.

Sin embargo, el Caribe se debate entre el reconocimiento y valoración de una evidente diversidad etnocultural y la definición de identidades nacionales que aún no han logrado configurarse. En esta tensión, la idea del mestizaje adquiere otras connotaciones y surge, en algunos autores, la añoranza por una cierta forma de mestizaje cultural que le permita a cada quien desplazarse libremente entre diversos contenidos culturales: añoranza que, quizás, es más bien por la vastedad de un continente.

El caso de Guyana pareciera ser uno de los más ilustrativos. Desde allí, Wilson Harris, acudiendo a la ficción, nos presenta su mapa, en un afán reivindicativo del mestizaje como la «corriente principal» donde confluyen todos los riachuelos de las diferentes culturas americanas¹¹. Él mismo es un mestizo que porta ancestros europeos, africanos y amerindios y, por tanto, posee la contextura apropiada para buscar representación en la imagen unificadora del continente incaico. Al respecto, debemos considerar la particular situación de Guyana en el contexto caribeño pues, sin ser una isla en el sentido geográfico, comparte las particularidades históricas de las West Indies y la portentosa geografía de la cuenca amazónica. Además, es el único país del Caribe anglófono que posee una significativa población indígena, especialmente de la etnia arauaca, otra gran porción de cimarrones selváticos y una población de indios orientales que forma la otra mayoría, conjuntamente con la mayoría negra. Todos estos factores disímiles, extraños unos de otros, explotan en una sola imagen: Guyana es una isla, de presencia incomprensible para el latinoamericano. En su «Visión de Guyana», el cubano Joaquín Santana mira con perplejidad la disimilitud:



«Guyana es compleja, interesante, misteriosa, sorprendente. No. Eso no basta. Uno no sabe cómo va a describir este desorden

11 Harris, Wilson (1967: 32)

incongruente de razas, religiones y costumbres sobreviviendo en un mismo suelo, bajo una misma bandera. En fin, buscando una unidad que tiene sus riesgos¹²».

En este sentido, Wilson Harris busca la unidad del mestizaje. Sus principales obras: *Palace of Peacock*, *The Whole Armour*, *The Sleepers of Roraima*, concentran y tratan de resolver sus obsesiones por la historia y por el inmenso espacio en el cual esa historia puede realizarse. En todas ellas, recrea hechos del pasado, protagonizados particularmente por mestizos que resultan de las más insólitas mezclas y algunas de estas recreaciones, especialmente la reconstrucción que el narrador hace del pasado en *Palace of the Peacock* es, tanto un acto de la memoria, como un sueño. Harris siempre trata de definir las características de sus personajes por las mezclas, aclarando minuciosamente las genealogías. A su método de escritura, él lo ha definido como «arte de la compasión¹³». En efecto, el mestizo encarna una noción cósmica de la justicia, porque tanto los victimarios como las víctimas están en sus orígenes y todos los horrores de la historia son interpretados a la luz de su presencia, que representa el perdón. Pero también, como producto de una situación violatoria que es, la existencia del mestizo es culposa y debe hacerse «absolver de una historia que no cometió¹⁴», al decir de Derek Walcott.

El motivo central que atraviesa las obras de Wilson Harris es la necesidad del guyanés por entender y transformar sus orígenes, vinculándolos al torrente cultural de la en apariencia homogénea masa latinoamericana. Grupos humanos que nunca se han dado cita convergen finalmente en una historia ficcionada, en una enorme necesidad de representación que pareciera, en palabras de Rafael López Pedraza, producto de la ansiedad cultural, monoteísta, que nos ha legado Europa.

Pero el intento no escapa de los códigos impuestos por la civilización occidental para entender la historia y lograr una auténtica apropiación del pasado. Son los mismos significantes que emplea Vidiya Naipaul cuando afirma que las naciones caribeñas deberían integrarse a América Latina, porque aquí, pese a todo, «se ha creado una civilización, a diferencia del Caribe, donde no se ha creado nada¹⁵».



12 Santana, Joaquín (1973: 111)

13 Maes-Jelinek, Hena (1979: 183)

14 Walcott, Derek (1986: 387)

15 Naipaul, Vidiadhar (1981: 22)

Entonces encontramos algo que asemeja y une a Latinoamérica y al Caribe: la historia auténtica, la del aparatoso rebulicio de etnias, cosmovisiones, costumbres, mentalidades; la que gusta de los seres humanos y reniega de las masas populares, apenas ahora comienza a hacerse. Es por eso que seguimos esperando a los bárbaros, para que nos hablen de la historia que no hemos aprendido a ver; en su propio lenguaje, ya que ellos se aburren con las arengas de los notables oradores. «Esos hombre serían, en cierto modo, una solución¹⁶».



16 Verso final del poema de Cavafis.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS, Germán. "La Ilustración en Latinoamérica" en: **Con América nace la nueva historia. Textos escogidos.** Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991.
- BOLÍVAR, Simón **Escritos políticos.** Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- CAREW, Jan "The Origin of Racism in the Americas" en:
- HEARNE, John (DE). **Carifesta Forum. An Anthology of Twenty Caribbean Voices.** Institute of Jamaica, Kingston, 1976.
- DEPESTRE, René "Mito e identidad en la historia del Caribe" en: **Casa de las Américas**, N° 118, La Habana, 1980.
- GIMÉNEZ, Lulú **Caribe y América Latina.** Monte Avila Editores, Caracas, 1991.
- HARRIS, Wilson. **Tradition, the Writer and Society.** New Beacon Publications, London, 1967.
- The Sleepers of Roraima.** Faber, London, 1970.
- The Palace of the Peacock.** Faber, London, 1971.
- HERDECK, Donald y otros. **Caribbean Writers: a Bio-Bibliographical-Critical Encyclopedia.** Washington, Three Continents Press, 1979.
- MAES-JELINEK, Hena "Wilson Harris" en: **West Indian Literature,** Macmillan, London, 1979.
- NAIPAUL, Vidiadhar. **The Middle Passage.** Vintage Books, New York, 1981.
- La pérdida del Dorado.** Monte Avila Editores, Caracas, 1970.
- NETTLEFORD, Rex. **Caribbean Cultural Identity.** Institute of Jamaica, Kingston, 1978.
- SANTANA, Joaquín "Visión de Guyana" en: **Casa de las Américas**, N° 78, La Habana, 1973.
- WALCOTT, Derek. "The Star-Apple Kingdom" en: **Collected Poems,** Farrar, Straus and Giroux, New York, 1986.
- WILLIAMS, Eric. "The Threat to the Caribbean Community". Discurso en la Convención Especial del People's National Movement, Chaguaramas, 1975.

